

Nueva ciencia, "Nueva Historia". La redefinición de sus objetos

Mónica Gordillo

Mónica Gordillo es docente en la
Escuela de Ciencias de la Información,
Facultad de Derecho y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de Córdoba.

ESTUDIOS • Nº 6
Junio 1995 - Junio 1996
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Este trabajo aparece como resultado de una doble reflexión: por un lado la que surge de observar la producción historiográfica de los últimos años donde llama la atención la gran diversidad de objetos y temáticas abordadas y, por el otro, como consecuencia de meditar sobre la propia investigación empírica realizada en la cual y cada vez con más fuerza comenzó a plantearse el peso de lo imaginario, de las tradiciones y representaciones colectivas en los comportamientos sociales considerados, aspectos que parecían tan "reales" como los demás condicionantes "objetivos".¹

Lo anterior me llevó a tratar de sustentar teóricamente lo que se me presentaba al definir mi objeto de investigación, encontrando que gran parte de las aproximaciones encaradas desde lo que se ha dado en llamar la "Nueva Historia" se acercaba al tipo de preguntas que me estaba planteando. Pero mi preocupación iba más allá de pretender encontrar un marco teórico adecuado para mi tarea de investigación; lo que fundamentalmente me interesaba era indagar sobre la concepción de "realidad" que esta diversificación temática estaba indicando. En ese sentido, el objeto de este trabajo será mostrar que detrás de la evidente ampliación temática no encontramos simplemente un crecimiento cuantitativo producto de la cada vez mayor profesionalización de los historiadores sino que, lo que subyace es un verdadero cambio en la actitud epistemológica, situación que guarda estrecha relación con el quiebre de los paradigmas totalizadores de la ciencia.

En efecto, los diferentes modelos explicativos con pretensión de científicos que se consolidaron en el siglo XIX y heredados por el siglo XX, tenían en común la idea de una realidad única y externa al sujeto cognoscente que, al estar a la vez regida por una racionalidad única, podía ser predecible. La tarea de la ciencia era, en-

1.- Ver Mónica Gordillo, Características y proyección nacional de los sindicatos líderes de Córdoba. 1958-1969, Tesis doctoral, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1992; en especial el Capítulo VII titulado "Cultura política e ideología", págs. 298-366.

tonces, comprender esa estructura racional ya que el mundo tenía sentido pero había que develarlo descubriendo sus leyes generales.

Al contemplar así la realidad, y a la ciencia como la que podía llegar al conocimiento verdadero de esa realidad, el tipo de verdad resultante era totalitaria, en el sentido de que no dejaba lugar para la incertidumbre o –al menos en el discurso científico– ésta era considerada sólo como un tipo de certeza todavía no alcanzada. Esto era así tanto para el positivismo como para el marxismo. Por ejemplo Marx consideraba que existía un saber verdadero, científico, que sería el instituido por los proletarios, únicos capaces de llegar a la esencia de las leyes que regían la sociedad porque, al carecer de todo, no necesitaban disfrazar por medio de la ideología la realidad social. Así, el poder derivado de la ideología burguesa sería reemplazado por el verdadero poder, un poder sostenido científicamente: el del proletariado. Como vemos, se trata de una concepción binaria respecto de la verdad y del poder: poder dominante versus poder circunstancialmente dominado pero potencialmente dominante, conocimiento falso versus conocimiento verdadero. Tanto la verdad como el poder podían ser conquistados, el Poder era uno al que se le podía oponer Otro alternativo. No veía –como luego señalaría Foucault– que éste se constituye en distintos lugares y está omnipresente en las relaciones sociales. Si bien Marx concibió ya la idea de que todo saber es en sí mismo un intento de ordenar la realidad exterior y –en este sentido– una estrategia de poder, todavía entendía a la realidad como única, externa, predecible y a la que se podía acceder a través del conocimiento científico.

Pero desde hace algunos años en las mismas ciencias “duras” esas visiones ya no pueden sostenerse. Cada vez en mayor medida ha ido tomando consistencia la idea del desorden, de la complejidad, de la “flecha del tiempo” que provoca irreversibilidad y caos, afirmándose el concepto de la entropía y de las estructuras disipativas que, a la vez que fragmentan la realidad exterior, hacen ya inconcebible la división de lo que Prigogyne llama las “dos culturas”, la del mundo físico y la de las humanidades, porque ambos participarían de similares procesos haciendo dudar al sistema entre varias posibles direcciones de evolución que harían colapsar la ley de los grandes números, ya que una pequeña fluctuación podría generar una nueva evolución que cambiara todo el comportamiento del sistema.²

Dentro de ese nuevo desafío para pensar el mundo que nos rodea se inscribe la idea de que si lo real no es algo que aparece como totalidad exterior al individuo, lo que llamamos realidad debería ligarse inextricablemente a la naturaleza de la conciencia humana y considerar que cada sociedad organiza su realidad de una manera específica que considera como la única verdadera.³

2.- Ver para este tema Ilya Prigogyne e Isabelle Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Alianza, Madrid, 1983, pág. 23.

3.- En el libro de L. Le Sahn y H. Margenau, *El espacio de Einstein y el cielo de Van Gogh*, Gedisa, Barcelona, 1985, se introduce el concepto de “realidades alternas” que aparece de alguna manera sintetizado en el párrafo extraído por los autores del libro de Arthur Koestler, *El acto de la creación*, Londres, 1970: “(...) El espacio de Einstein no está más cerca de la realidad que el cielo de Van Gogh. La gloria de la ciencia no estriba en una verdad más absoluta que la verdad de Bach o Tolstói sino que está en el acto de la creación misma. Con sus descubrimientos el hombre de ciencia impone su propio orden al caos, así como el compositor o el pintor impone el suyo: un orden que siempre se refiere a aspectos limitados de la realidad y se basa en el marco de referencias del observador, marco que difiere de un período a otro así como un desnudo de Rembrandt difiere de un desnudo de Monet”, pág. 20.

Todos estos planteos comenzaron a calar hondo en el campo de las ciencias sociales hasta el punto de advertirse en la actualidad una profunda crisis, lo que se ha dado en llamar la "crisis del referente" a la que no es ajena la Historia. Según Chartier, en este campo se estaría operando una serie de desplazamientos que adoptarían la forma de renunciaciones: al proyecto de una Historia global para sostener cada vez más una entrada desde lo particular, a la definición territorial de los objetos y a la importancia acordada por la sociología clásica a la división social como explicativa de las diferencias culturales para pensar, según este autor, que serían las prácticas culturales y las identidades las que inciden en las divisiones sociales y en las diferentes formas de organización de la sociedad.⁴

Las rupturas

En lo que se refiere específicamente a la Historia, es innegable el aporte que para pensar estos problemas brindó el post-estructuralismo y en especial ciertos teóricos de la literatura y filósofos de orientación semiológica como Barthes, Derrida, Eco y, sobre todo, Michel Foucault quien, ya a finales de los sesenta hablaba en *La arqueología del saber* de la "Nueva Historia" tratando de caracterizarla. Allí reflexionaba sobre el tema de las rupturas señalando que se hacía necesario prestar atención no ya "al fundamento que se perpetúa sino a las transformaciones que valen como fundación y renovación de las fundaciones (...)".⁵ Así, la discontinuidad que antes –al igual que el acontecimiento– debía ser borrada o subsumida dentro de las grandes regularidades, adquiere ahora un importante papel no sólo conceptual o como invitación para trabajar ciertas épocas calientes o de corte, sino con un carácter metodológico, como una ruptura de la evidencia, como una operación deliberada del historiador que debe –al menos como hipótesis– tratar de observar por detrás de las aparentes irregularidades, los diferentes niveles que pueden estar actuando para poder efectuar no una descripción global que apiñaría todos los fenómenos en torno a un centro único sino un "cuadro", forma de conjunto que desplegaría el espacio de una dispersión".⁶ Esto, más allá de su aplicación específica en la Historia, representa un verdadero cambio filosófico ya que, como señala Foucault, la Historia continua y con un sentido sería el correlato indispensable de la función fundadora del sujeto, una Historia legitimante, la garantía de que todo cuanto le ha escapado al hombre podrá serle devuelto, "la certidumbre de que el tiempo no dispersará nada sin restituirlo en una unidad recompuesta, la promesa de que el sujeto podrá un día –bajo la forma de la conciencia histórica– apropiarse nuevamente de todas esas cosas mantenidas lejanas por la diferencia, restaura-

4.- Tal vez en lo que puede considerarse como una posición extrema pero representativa del giro ocurrido en el tipo de preocupaciones, Chartier señala que se debería pasar de una Historia social de la cultura a una Historia cultural de lo social ya que para él "no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones contradictorias y enfrentadas por las cuales los individuos y los grupos den sentido al mundo que les es propio", pág. 53. Ver R. Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre Historia cultural*, Gedisa, Barcelona, 1992, págs. 49-57.

5.- Michel Foucault, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1970, pág. 7.

6.- *Ibidem*, pág. 16. En otra oportunidad definió lo que para él significaba "acontecimiento": "(...) es construir alrededor del acontecimiento singular analizado como un proceso un polígono o más bien un poliedro de inteligibilidad cuyo número de caras no ha sido definido previamente ni puede jamás ser considerado como acabado con pleno derecho (...) plétora por el lado de las inteligibilidades, carencia por el de la necesidad (...)". "Debate con los historiadores", en O. Terán, *Michel Foucault. El discurso del poder*, Folios, Buenos Aires, 1983, págs. 220-221.

rá su poderío sobre ellas y en ellas encontrará lo que se puede llamar su morada (...).⁷

Pero, ¿qué buscaba Foucault en la Historia, o en otras palabras, cuál era su objeto? Como él mismo lo plantea, no es la sociedad, sino los discursos verdaderos y falsos, los “saberes” que la gente produce pero –sobre todo– los efectos de realidad que ellos provocan. Metodológicamente podría decirse que toma dos ejes para su análisis: lo que él llama codificación-prescripción y la formulación verdadera o falsa. El primero se refiere a tratar de analizar en qué aspecto determinadas prácticas forman un conjunto de reglas, recetas, de medios con vistas a un fin que regulan maneras de actuar, de pensar y de relacionarse y el segundo eje se concentra en la producción de discursos verdaderos –no en el sentido de enunciados verdaderos sino en el del establecimiento de dominios de lo que es considerado verdadero y falso– que sirven de fundamento, de justificación y de principio de transformación de esas maneras de actuar.⁸ Como se podrá apreciar, lo que le interesa es analizar un régimen de prácticas, entendidas como el lugar del encadenamiento entre lo que se dice y lo que se hace, de las reglas que se imponen y de las razones que se dan, de los proyectos y de las evidencias; en el fondo lo que le preocupa es el tema del poder y cómo se establecen producciones de verdad. Y con esto nos vamos acercando al tema de las atribuciones de sentido y de los significados en la Historia.

Realismo versus representación

Retomando el planteo inicial trataremos de señalar a grandes rasgos las notas distintivas de la producción historiográfica de la “Nueva Historia” y de precisar en qué consiste el cambio epistemológico del que hablamos al comienzo.

Las temáticas abordadas son diversas: la familia y las relaciones familiares, la sexualidad, el cuerpo y distintas formas de educación de los sentidos, la locura, el inconsciente, las prácticas punitivas, las relaciones de género, los grupos marginales, la vida privada, la cotidianeidad, las representaciones de la muerte, lo raro, las prácticas de lectura y distintas formas de apropiarse de la cultura letrada y muchas otras. También son diferentes las formas de aproximarse y las fuentes utilizadas. Pero lo que aparecería como rasgo común detrás de esas diversas aproximaciones sería la búsqueda de los distintos lugares donde se constituyen las identidades, las atribuciones de sentido y las representaciones colectivas que se convierten en matrices de prácticas constructoras del mundo social. Ya no se trataría de buscar los hechos, las cosas que les han ocurrido a los hombres y mujeres y cómo reaccionaron frente a ellos sino que, si hay una línea común, algo que entreteje los distintos objetos, ésta sería la pretensión de aprehender los distintos significados, los distintos saberes como categorías que hacen a la identidad de los hombres y mujeres y los distintos discursos que expresan esos saberes que son también estrategias de poder que impregnan todas las relaciones humanas.

La que aparece como otra característica común en la producción de la “Nueva Historia” sería la revalorización de la narrativa, hasta el punto que Stone ha hablado del “resurgimiento”⁹ de esta forma sobre la que ya volveremos más adelante.

7.- Michel Foucault, *La arqueología...*, op. cit., pág. 20.

8.- “Debate con los historiadores”, en O. Terán, *Michel Foucault. El discurso...*, op. cit., pág. 231.

9.- L. Stone, “El resurgimiento de la historia Narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja Historia”, en *El pasado y el presente*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, págs. 95-120.

Pero lo anterior, ¿responde simplemente a una moda intelectual? La respuesta no es fácil porque obviamente no se puede negar la incidencia y el contagio que produce la difusión de ideas que intentan dar nuevas respuestas allí donde las anteriores se mostraron insuficientes para dar cuenta de la diversidad y complejidad de los comportamientos humanos y del mundo que nos rodea. De todos modos, lo que me parece claro es que las características rápidamente esbozadas que ha adoptado la "Nueva Historia" no son caprichosas sino que responden a un verdadero cambio epistemológico, en el sentido de una nueva forma de concebir la realidad y las posibilidades de la ciencia para conocerla. La idea de verdad como correspondencia con una realidad "objetiva" y ajena ya no puede sostenerse, al igual que la que considera a ésta última como equivalente de totalidad; la realidad aparece en cambio fragmentada, como desorden, y los discursos que se refieren a ella tanto los que se encuentran en el pasado —como material a utilizar por el historiador— como los del propio historiador deben ser considerados como diversas representaciones de diferentes realidades cuya trama sería necesario develar para encontrarles significado y acercarse así a lo real pasado, en el sentido de cómo era vivido lo real, sin pretender nunca llegar a la verdad oculta o a la "esencia" de las cosas que como tal no existiría. En este sentido hablamos del desplazamiento de una concepción realista del mundo y de la historia a otra en la que el discurso histórico se reconoce como un conjunto de representaciones o figuraciones que intentan poner orden y dar sentido al mundo circundante.

Dentro de ese marco, resulta coherente que la forma narrativa haya sido revalorizada como la forma discursiva más apropiada para expresar los nuevos objetos de la Historia. Ya no se trataría, sin embargo, de un verdadero renacimiento de la narrativa como sostiene Stone porque compartir esta apreciación significaría aceptar que se vuelve a la forma discursiva que se consolidó en el siglo XIX con el positivismo —aunque él marque ciertas diferencias con esa tradición— y contra la cual la escuela de los Annales construyó su práctica. En realidad, la diferencia sustancial radicaría en que el contenido que se le da hoy a la narrativa es muy diferente de aquél. Efectivamente, como lo ha señalado Hayden White, no se trata de considerar caprichosamente la conveniencia de la utilización de una forma u otra, sino de ver qué tipo de concepción sobre la realidad histórica, qué tipo de conciencia histórica, está por detrás de cada forma.¹⁰ Y así podemos sostener que no se trataría de un resurgimiento sino, en todo caso, de una revalorización de la narrativa. Porque los historiadores del siglo XIX consideraban que esa forma reproducía lo que en la realidad ocurría; al presentar los hechos bajo la forma narrativa creían estar mostrando los hechos tal como ocurrieron, dejando que los documentos hablen. Así la narrativa era a la vez forma y contenido en la medida en que se concebía que los acontecimientos históricos se manifestaban ellos mismos en la realidad como elementos y aspectos de la Historia. Pero ha corrido mucha agua bajo el puente desde entonces como para comprender que los acontecimientos no se presentan en la forma ordenada que la narrativa histórica muestra, con un principio, nudo y final, sino que ésta aparece como un intento de poner orden, de enlazar de alguna manera los acontecimientos buscando algún tipo de com-

10.-H. White, *El contenido de la forma*, Paidós, Barcelona, 1992. Para este autor los anales y las crónicas no son formas imperfectas de una narrativa, como historias imperfectas, sino productos particulares de posibles concepciones de la realidad histórica; concepciones que constituyen alternativas más que anticipaciones fallidas del discurso histórico. Pág. 21.

preensión o sentido. Y, de este modo, puede sostenerse como dice Barthes que toda narración histórica es una construcción imaginaria, una figuración que, sin embargo, se diferencia de la novela histórica por trabajar con acontecimientos padecidos por los hombres y, por lo tanto, por producir significados a la vez que es vehículo de información sobre un referente extrínseco.¹¹

Entonces podemos decir que los que hoy utilizan la narrativa lo hacen porque ésta sería la que consideran la forma más adecuada para expresar lo que Paul Ricoeur llamó un tipo especial de temporalidad que es la de la conciencia histórica o historicidad, donde se trata de recuperar la extensión de los acontecimientos y procesos ya que la narrativa representaría los aspectos del tiempo en el que los finales pueden considerarse ligados a los inicios para formar una continuidad diferencial, el “sentido de final” que vincula la terminación de un proceso con su origen para dotar a todo lo que aconteció en medio de una significación.¹² De acuerdo con estas posiciones, para comprender esa trama –como dice P. Veyne– donde los acontecimientos adquieren significado e historicidad, la forma narrativa sería la más apropiada para expresar esa temporalidad, sin perder de vista que ésta es también una construcción de sentido.

A modo de conclusión

¿Existe un nuevo objeto y una nueva forma en lo que ha dado en llamarse la “Nueva Historia”? Considero que, más allá de la heterogeneidad aparente que ofrecen los diversos objetos que se abordan, puede responderse afirmativamente si se lo considera a ese objeto como una nueva forma de aproximación, como una tendencia a fijar la atención en ciertas cosas que antes no eran consideradas pero que no es, de ninguna manera, una cuestión de detalle sino que responde a un verdadero cambio cualitativo que se refiere fundamentalmente a una nueva concepción sobre lo real, sobre lo social, sobre el mundo circundante en general y sobre su posible inteligibilidad. Así como en la escuela de los Annales –que tan enriquecedores frutos legó a la historiografía y que hicieron posible avanzar en el conocimiento histórico– la preocupación principal era la de realizar una historia total, global, de las profundidades, de las continuidades y de la larga duración, si fuera posible señalar “un” objeto que sintetizara la nueva preocupación éste podría ser observar la diversidad constitutiva de lo social, pero a la vez los diferentes y variados principios que en determinados momentos generalizan ciertas representaciones, ciertos imaginarios que pueden legitimar o provocar rupturas en el ordenamiento social.

Lo que se buscaría sería, entonces, terminar con la falsa dicotomía que opone la objetividad de las estructuras a la subjetividad de los significados y situarse, en cambio, en la posición que reconoce la existencia de un condicionamiento exterior concreto y fluctuante pero, a la vez, sostiene que éste sólo tiene existencia y ejerce influencia a través de la representación que de él se hace la gente que no es, sin embargo, una lectura subjetiva -en el sentido de la lectura de un sujeto individual- sino que es la lectura de los distintos sujetos condicionados por “saberes” colectivos que deben verse como resultado de acumulación, de rupturas, de dispersiones y de reordenamientos. ■

11.- H. White, *op. cit.*, pág. 60.

12.- *Ibidem*, pág. 69.